

La capacidad de amar del señor Königsberg

Juan Jacinto
Muñoz-Rengel

**LA CAPACIDAD DE AMAR
DEL SEÑOR KÖNIGSBERG**

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

© Juan Jacinto Muñoz Rengel, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

D.R. y © MMXXII G.E.P., S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,

Alcaldía Azcapotzalco,

02400, Ciudad de México

Miembro de la Cámara Nacional

de la Industria Editorial Mexicana

Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-004-1 (México)

ISBN: 978-84-1363-480-8 (España)

Primera edición, septiembre de 2022

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

*Para Ada y Valentina,
mis pies en el mundo*

ESTA ES UNA HISTORIA BASADA EN HECHOS REALES.

Todas las fechas, lugares, circunstancias, incluso los nombres de los protagonistas cuando no han manifestado su oposición legal, son auténticos.

La única ficción posible es la que se funda en la realidad.

*Me enseñaron que el cerebro humano era el culmen de
la evolución hasta el momento, pero creo que es un
sistema muy pobre para la supervivencia.*

KURT VONNEGUT

*La selección natural es una fuerza siempre
dispuesta a la acción.*

CHARLES DARWIN

La pasividad de Bartleby a veces me irritaba.

HERMAN MELVILLE

No podía decirse que un día en la vida del señor Königsberg resultara en modo alguno aburrido. A pesar de lo que opinaran los demás, Paul Königsberg vivía cada minuto como si fuese el último hombre que quedara sobre la faz de la tierra.

Nadie se tomaba las cosas más en serio.

Las cosas así en general, cualquier cosa. Todas las cosas. Desde el número de veces que pasaba la cuchilla por cada sector de su rostro lampiño hasta la marca de su desodorante, que habían de traerle desde Europa por no haber encontrado ningún otro en el mercado nacional que no le irritara la piel. Se negaba a usar un desodorante de bola, siempre acompañado de pequeños tirones del vello que, al menos a él, se le antojaban insoportables; la mejor opción era sin duda el espray, pero por desgracia los aerosoles comunes, salvo su marca europea, aquella marca no, le abrasaban las axilas. Y, desde luego, para lo que ya no tenía edad era para ir a trabajar —como le ocurrió durante una semana en 1981 y durante toda la primavera de 1993— caminando por la calle con

los brazos extendidos del mismo modo que un aeroplano en tensión.

El señor Königsberg se levantaba siempre de noche. A las cinco y cinco de la madrugada. En todo caso, antes del alba en cualquiera de las estaciones del año: tenía mucho que hacer por delante. Debía masticar veinticuatro veces cada bocado del desayuno. Debía frotar en la ducha cada uno de los calculados sectores de su piel con la esponja exfoliante; diez círculos en la dirección de las agujas del reloj primero y después otros diez en el sentido contrario. Seguía el mismo método que utilizaba para limpiarse los dientes. Debía ponerse la camisa que había planchado la víspera, abrochando un botón con la derecha y otro con la izquierda, alternamente. Había de revisar sus zapatos; no le importaba que estuvieran viejos o gastados, o que mostraran algún agujero ocasional, pero era fundamental que relucieran siempre limpios, porque unos zapatos sucios eran señal de una conducta negligente y, lo que es peor, de una moral relajada. Tenía que fijar con precisión sus calcetines a los clips de sus ligas masculinas, para que luego no le dieran problemas escurriéndose hasta los tobillos en los momentos más inoportunos. Una pormenorizada rutina que se repetía cada día, paso por paso, antes de acabar enfundándose junto al perchero de la puerta su sombrero hongo.

Mientras afianzaba sus calcetines, la mayoría de las veces pensaba en columnas, en grandes columnas jónicas y acanaladas, cuyos imponentes fustes hacían

de pilares de la sociedad. Las pocas ocasiones en las que permitía a su mente distraerse, recordaba la época de su juventud, tantas décadas atrás, lo difícil que le era de adolescente conseguir que sus calcetas blancas de algodón permanecieran estiradas y arriba. Tenía que agacharse de continuo, una y otra vez se veía obligado a hincar la rodilla en el suelo para subírselas, provocando que los otros le propinaran cogotazos sin venir demasiado a cuento, tirones de orejas y capones en la coronilla. No podía reprocharles que no lo respetaran, ni siquiera se mostraba capaz de mantener sus prendas a raya como era debido. Ahora, por supuesto, la situación había cambiado. Ahora se había convertido en un pilar de la sociedad, considerado por todos.

Al señor Königsberg no le pesaba madrugar y aquellas pequeñas distracciones estaban contempladas en sus cálculos. Habían de estarlo, cada minuto importaba: una vez que superase el dintel de la entrada, cuando la ciudad comenzaba a desperezarse, todavía le restaría un largo recorrido a pie hasta su puesto de trabajo.

Para ganar tiempo, su abrigo y sombrero apenas perfilados por los primeros albos, limpiaría las gafas ante las señales en rojo de los semáforos. Era una tarea sencilla que le ayudaba a relajarse: treinta ligeras presiones circulares hacia la derecha con el pañuelo y otras treinta hacia la izquierda, en cada uno de los sectores de ambas lentes.

Aunque a otros les pudieran parecer las manías de un intransigente, muy al contrario, el señor Königsberg procuraba introducir siempre nuevas normas y variaciones que hicieran de su vida una aventura constante.

Su prioridad no era, por ejemplo, como sí lo era para la mayoría de las personas, llegar de un sitio a otro por el camino más corto. Una mañana podía decidir ir hasta su oficina en pleno Midtown cruzando el puente de Queensboro. Echaba a andar entonces desde su apartamento en el número 146 de Kent Street rumbo al norte, hacia Pulaski Bridge, recorría las desabridas calles de Long Island City y, una vez al otro lado, ya en la isla de Manhattan, buscaba la 59 y bajaba por la Primera Avenida. Sin embargo, si determinaba hacerlo así, al acabar la jornada no volvería por la misma ruta. En este caso, para regresar quizá escogiera el puente de Brooklyn, lo que le supondría descender por la Sexta Avenida y un trayecto de casi tres horas a pie. Y si al día siguiente optaba en cambio por el puente de Williamsburg para la ida, con probabili-

dad la vuelta la encaminaría hacia el puente de Manhattan.

En nada alteraba las circunstancias que hubiera amanecido congelada la superficie del East River o toda la Gran Manzana, o que en verano un sol implacable lo persiguiese por las avenidas sin sombras, cercándolo y angostándolo bajo la media esfera de su bombín. Tampoco importaba que una tarde se sintiera desfallecer tras las extenuantes horas de diligencias, expedientes y papeleo, o que aún lo esperase en casa una montaña de trabajo que resolver esa misma noche. Lo cierto es que el señor Königsberg nunca se trasladaba en coche, si bien mantenía vigente el permiso de conducir. El señor Königsberg nunca cruzaba el río en ferri ni utilizaba el metro, pese a disponer de una estación a la vuelta de la esquina. El señor Königsberg jamás se habría rebajado a llamar un taxi a gritos ni a subir a uno de aquellos pestilentes vehículos de estúpido color.

A pesar de que le costaba una media de cuatro horas y cuarenta y cinco minutos diarios, iba a todas partes caminando y nunca cruzaba el mismo puente dos veces seguidas.

Las oficinas en las que trabajaba el señor Königsberg, desde que cumplió la mayoría de edad, estaban en la cuarta planta de uno de los edificios de menor altura que se asomaban a Bryant Park y a la Biblioteca Pública de Nueva York. La fachada poseía una particular tonalidad marrón polución. De ese lado se situaba la zona noble de la compañía, la cual contaba con tres ventanales; el resto de la planta se internaba más y más en la profundidad de la manzana, sin patio interior ni aberturas, asfixiada entre dos rascacielos. Un tubo extractor de aire, grueso y metálico, recorría el techo de un extremo al otro flanqueado por los puntos de luz artificial. Las únicas notas de color las aportaba el aroma a comida mexicana que, alrededor de las doce, cada mediodía, comenzaba a filtrarse desde el local arrendado en el bajo y ya no se marcharía de allí hasta que el servicio de limpieza volviera a encender las luces bien entrada la noche.

Toda la planta compartía una estructura común: el pasillo central de las oficinas, construido con tabiques de cristal que permitían ver el interior de todos los

despachos y cubículos. No obstante, no era una galería del todo diáfana ni su transparencia el rasgo más característico; junto a la cara interna de las paredes de vidrio flotaban decenas, centenares de láminas de gran tamaño, sujetas a los cables tensados entre el suelo y el techo. En ellas podían contemplarse los retratos de los empleados del mes.

Nueve de cada diez de aquellos retratos, si no más, pertenecían a Paul Königsberg.

De modo que cualquier cliente, cualquier proveedor, cualquier mensajero que visitaba las instalaciones se veía siempre embargado por una sensación similar, una sensación abrumadora y extraña: la de estar viendo una y otra vez, allá donde mirase, el mismo rostro repetido. A pesar de que las fotografías se habían tomado en distintos momentos a lo largo de cuatro décadas, las diferencias entre ellas eran casi inapreciables, y para percibir las había que avanzar varios pasos y tratar de comparar algunas de las imágenes más alejadas entre sí.

No solo se trataba del mismo rostro, la misma frente despejada, la misma nariz aguileña de aletas marcadas y punta protuberante redondeada hacia abajo, las mismas gafas grandes y ligeras de cristales cuadrados, la misma corbata apretada hasta insinuar el estrangulamiento. En aquellas láminas también había una misma e idéntica expresión. Ahí residía lo realmente perturbador. A lo largo de los años, las distintas cámaras y fotógrafos habían captado una misma mirada, concentrada en el mismo exacto punto

indefinido, arriba, a la izquierda; también el mismo leve fruncimiento del ceño, la misma boca entreabierta, con el labio inferior iniciando la separación, un viaje insondable.

Aquella expresión más allá del tiempo era lo que de verdad lograba sobrecoger a todo el que acudía a las oficinas donde trabajaba, en pleno Midtown de Manhattan.

Como una semana reducida, un día ordinario de trabajo en la vida del señor Königsberg se dividía en siete tiempos.

Los primeros cuarenta y cinco minutos los consagraba, invariablemente, a los preparativos. No por tratarse de cuestiones menores resultaban menos necesarias. La gente no solía tener eso en cuenta, pero la gente no dejaba de equivocarse, y así les iba. Empezaba por afilar la punta a los lápices, una docena de lápices anaranjados que quedaban dispuestos en formación sobre su escritorio, relucientes y con el mismo exacto tamaño: aquello, mantenerlos todos iguales, era lo más difícil de conseguir. A continuación, comprobaba que sus grapadoras estuvieran recargadas. Nada conseguía ponerlo más nervioso que dar un golpe certero para grapar en el momento justo y que las hojas quedaran marcadas por una hendidura sin ningún sentido allá donde debería haber una grapa. El papel ya nunca recuperaría su forma, por mucho que tratara de alisarlo con la uña desde el anverso. Más tarde, comprobaba que todos sus archivadores estu-

vieran en orden y que nadie los hubiera cambiado de sitio durante la noche. Al fin, comenzaba a organizar los documentos con los que iba a trabajar esa mañana, siguiendo unos estrictos criterios que no solo los ordenaban por expedientes, sino que también los dejaban distribuidos según la antigüedad, día y hora en que se había cursado el trámite, y según una compleja media alfabética, que con los años había llegado a interiorizar, resultado de combinar las dos primeras iniciales del nombre y las dos primeras iniciales del apellido del solicitante.

El segundo tiempo constaba de diez minutos que reservaba para beber un litro de agua. Si no conseguía acabarlo —le ocurrió dos veces el año pasado, cuando estuvo haciéndose zumos en casa—, utilizaba aquel culín de agua para regar la única maceta de su cubículo. Sabía que no era posible, porque no estaba en la naturaleza de las plantas ser agradecidas, pero en esas raras ocasiones siempre le parecía que el girasol artificial le dedicaba una sonrisa.

Entonces, abordaba el tercer tiempo de la mañana y comenzaba de verdad a trabajar. Y nadie, en toda la oficina, ni en todo el distrito de Manhattan, sacaba adelante tanto trabajo en tan solo una hora. Los papeles se deslizaban en sus manos en un ir y venir vertiginoso. Era capaz de leer línea tras línea como lo haría un computador, y cada uno de sus movimientos estaba medido al milímetro. Parecía que hubiera nacido solo para eso. En aquellos momentos no pensaba en ninguna otra cosa; no se le podía acusar de ser frío

al aprobar o rechazar una solicitud, o insensible al redactar sus informes: sencillamente usaba la misma lógica que habría aplicado una máquina, de igual modo que procedía cada día con las decisiones que lo afectaban a él mismo. Cumplía con su obligación, como cada jornada desde que empezó a trabajar allí antes incluso de alcanzar la mayoría de edad. Cumplía con su obligación y lo hacía al nivel que se esperaba del mejor empleado de la compañía.

La llegada del cuarto tiempo la podía sentir sin mirar el reloj. Era el momento de desalojar el litro de agua.

—Buenos días, señor Tucker —saludaba con voz grave a quien se cruzaba en la galería, en su camino al baño.

—¿Qué hay, Paul?

Alrededor de ambos su propia cara, multiplicada hasta el desconcierto en un formato de dos por tres pies.

—Buenos días, señor Rosenheim —continuaba saludando mientras se frotaba con ahínco las manos, arremangado sobre el lavabo.

—Jum —le replicaba Mike Rosenheim sin levantar la mirada, quizá todavía con la mente en las apuestas que había perdido la tarde anterior, durante la sesión de cervezas en el Winnie's Jazz Bar.

Salvo catástrofe, o una vez a causa de las obras de remodelación de las oficinas, el señor Königsberg siempre regresaba a su mesa por un pasillo distinto al principal, que ya había usado para llegar hasta el ser-

vicio de caballeros. Aunque esto lo desviara de su rumbo y lo obligase a dar un rodeo por toda la planta.

A su vuelta lo esperaba el quinto acto, que representaba el tramo central del día, tres horas ininterrumpidas de diligencias equivalentes al volumen de trabajo expedido por cinco oficiales de su misma categoría. Nunca dejaba que nada lo entretuviera. Por más que al volver se encontrase con que una pintada afeaba gran parte de su panel divisorio o que, al cabo de un rato, pudiera sentir unos picotazos en el cuello que le recordaban sus años escolares. En realidad, solo lograron aminorar su ritmo una vez, aquella en que humedecieron sus lápices en un líquido aceitoso; pero ese día el señor Königsberg montó en cólera de tal modo que la broma nunca volvió a repetirse. Su buena disposición, en aras de la cordialidad entre compañeros, tenía un límite.

De todos los que componían la jornada, el único intervalo horario que le venía impuesto era el del almuerzo. Por una vez, estaba bien no tener que pensar ni decidir. Acaso por eso siempre comía en la misma mesa, para evitar incertidumbres y perder el tiempo habiendo de analizar situaciones. Se sentaba en su sitio, disponía los platos y los cubiertos en el mismo orden sobre la bandeja, y mientras ingería las verduras de la guarnición, empezando por los colores verdes y terminando con los amarillos y los rojos, tenía la oportunidad de relacionarse con sus colegas. Él no solía dirigirse a ellos, pero los demás no podían evitar tenerlo presente.

Como su aspecto y sus maneras siempre lo habían hecho parecer aún mayor de lo que era, debían de pensar que se había vuelto duro de oído.

VOZ DE MUJER 1: A mí no me parece mala persona.

VOZ DE HOMBRE 1: ¿Quién dice que lo sea? El mal es un concepto elevado.

VOZ DE MUJER 1: Tan solo es una forma de ser.

VOZ DE HOMBRE 1: Exacto. Una forma de ser muy extraña.

VOZ DE HOMBRE 2: Básicamente, la forma de ser diferente a todos los demás.

Tras la observación, el rumor aumenta y se abre paso entre el bullicio de vasos y cubiertos.

VOZ DE MUJER 1: Bah, os divierte meteros con él.

VOZ DE HOMBRE 3: La forma de ser un tocapelotas. Ahora sí, estallan las risas.

VOZ DE MUJER 1: A veces me pregunto qué haríais si no existiera.

VOZ DE HOMBRE 1: Hmm... Es cierto, no puedo concebir un mundo sin Paul Königsberg. En realidad, todos deberíamos ser como él.

VOZ DE MUJER 1: Pues mira, si hubiese más personas como él quizá el mundo sería mejor. No me lo imagino violando, matando o iniciando guerras.

VOZ DE HOMBRE 3: Si todos fuésemos como él, Alice, haría bastante tiempo que nos habríamos extinguido.

Todos vuelven a reír.

VOZ DE HOMBRE 4: Más o menos desde el Paleolítico.

Las risas continúan, aunque no es posible distinguir si se han acrecentado con este último comentario o todavía son consecuencia del anterior.

VOZ DE HOMBRE 2: ¿Os imagináis a Paul construyendo una embarcación y lanzándose a surcar los océanos sin saber si hay una orilla al otro lado?

VOZ DE HOMBRE 3: ¿O explorando más allá de las montañas? ¿Sometiendo a los bárbaros? ¿Defendiendo a las mujeres de las hordas invasoras?

VOZ DE MUJER 2: ¿Os lo imagináis follando?

VOZ DE HOMBRE 3 (entre las carcajadas irreprimibles): Extinguidos definitivamente. La especie humana habría sido un experimento fallido.

El séptimo tiempo, después del almuerzo, cerraba la jornada laboral. Y el señor Königsberg lo invertía cada día en organizar y revisar todo lo que había despachado a lo largo de la mañana. Apilaba, sellaba, grapaba entre sí pliegos ya grapados, releía cada epígrafe, corregía erratas, hermo­seaba —si había acumulado un excedente de minutos— el estilo de la redacción, encarpataba. Y en último lugar, aunque era la labor a la que menos sentido encontraba y la que le resultaba menos gratificante, introducía los datos en el sistema.